

Hambre, antropofagia y la construcción de la alteridad en el siglo XVI: los casos Schmidl y Staden



María Inés Aldao

Instituto de Literatura Hispanoamericana - UBA

Resumen

Dos alemanes se aventuran en un territorio desconocido con un objetivo en común: enriquecerse. Para todo viajero que arriba al Río de la Plata, la experiencia real quiebra el imaginario sobre el terreno. No hay oro, ni plata, ni alimentos. *Derrotero y viaje a España y a las Indias* (1567) y *Viaje y cautiverio entre los caníbales* (1557), de los soldados alemanes Ulrico Schmidl y Hans Staden, respectivamente, son dos crónicas que reflejan de manera similar la brutalidad del hambre y del peligro de la antropofagia que vivieron los conquistadores en América del Sur. Si bien ambos recorrieron territorios distintos y vivieron experiencias disímiles, a través de la escritura dejan un testimonio fundamental sobre la heterogeneidad de los grupos aborígenes para la historia del período colonial americano.

Palabras clave

Hambre
Antropofagia
Alteridad
Crónicas coloniales

Abstract

Two Germans risk in an unknown territory with the same aim: to prosper. *Derrotero y viaje a España y a las Indias* (1567) and *Viaje y cautiverio entre los caníbales* (1557), from German soldiers Ulrico Schmidl and Hans Staden, respectively, are two chronicles which show in a similar manner the brutality of hunger and the danger of anthropophagy that the conquerors of South America suffered. Although they toured different territories and lived different experiences, they left an essential testimony of the heterogeneity of aboriginal groups for the history of the American colonial period.

Key words

Hunger
Anthropophagy
Otherness
Colonial chronicles

Resumo

Dois alemães aventuraram-se num território desconhecido com um objetivo em comum: enriquecer-se. Para todo o viajante que acima ao Rio da Prata, a experiência real quebra o imaginário sobre o terreno. Não há ouro, nem prata, nem alimentos. *Derrotero y viaje a España y a las Indias* (1567) e *Viaje y cautiverio entre los caníbales* (1557), dos soldados alemães Ulrico Schmidl e Hans Staden, respectivamente, são duas crônicas que refletem de maneira similar a brutalidad da fome e do perigo da antropofagia que viveram os conquistadores em América do Sul. Conquanto ambos percorreram territórios diferentes e viveram experiências disímiles, através da escritura deixam um depoimento fundamental sobre a heterogeneidade dos grupos aborígenes para a história do período colonial americano.

Palavras-chave

Fome
Antropofagia
Alteridade
Crônicas coloniais

Introducción

Durante el siglo XVI, dos crónicas surgen con características similares entre sí pero peculiares respecto del resto. Ambas están escritas por soldados alemanes cuyas expediciones no forman parte de la empresa oficial. Ambas llegarán a incorporar ilustraciones, lo cual es poco común entre las crónicas coloniales rioplatenses. Atípico es, también, el hecho de que estos textos que narran el fracaso¹ de sus respectivas expediciones en tiempos de conquista se transformen en verdaderos *best sellers* de la época, a través de sus varias ediciones.² A su vez, ambos relatos incorporan una peculiar representación del Otro que no suele encontrarse en otras crónicas, por ejemplo, en las de Mesoamérica. Por último, la concepción de la otredad como el espacio que se recorre cobra relieve, por lo que el hambre y la antropofagia serán, en ambos textos, tópicos centrales.

Los textos son *Derrotero y viaje a España y a las Indias*, publicado hacia 1567 (aunque narra un recorrido realizado entre 1534 y 1554) y *Viaje y cautiverio entre los caníbales*, publicado en 1557. El primero fue publicado en Baviera trece años después del viaje, en una colección de textos de viajeros editada por Sebastián Franck de Word. Su autor es Ulrico Schmidl [1510-1579], soldado alemán que en 1534 se embarcó desde Sevilla hacia el Río de la Plata junto a la expedición de Pedro de Mendoza y volvió a su país veinte años después con las manos vacías, pero con la intención de dar cuenta de lo vivido a través de su texto. El segundo relato fue escrito por Hans Staden [1525-1576], arcabucero alemán que se embarcó en 1547 hacia América y fue prisionero de la tribu antropófaga tupinambá durante casi diez meses. Volvió sin riquezas a su ciudad natal hacia junio de 1555 y volcó sus experiencias en un relato escrito inmediatamente después del arribo.

Las vivencias de ambos en América son distintas. Staden, testigo de la alteridad desde su cautiverio, describe ese Otro antropófago, sus costumbres y rituales. Schmidl, quien durante su estadía en América se desplaza por una amplia zona,³ describe su paso por una larga lista de tribus y representa al Otro desde una visión más cercana a la del soldado. En busca de abundancia, Schmidl debe lidiar con el hambre y Staden, con la posibilidad de ser devorado.⁴ Estos textos dan cuenta tanto de lo atípico del territorio como de lo inesperado de las experiencias de ambos autores cuyos viajes tienen por objeto la aventura y el enriquecimiento.

En este artículo se analizará de qué manera inciden el hambre y la antropofagia (o la escasez y el exceso) en la percepción del Otro en crónicas que, a pesar de que presentan distintos recorridos, experiencias y construcción de los sujetos de la enunciación, son dos de las más relevantes de la narrativa colonial sudamericana.

La elección de las crónicas de Staden y Schmidl se debe no sólo al escaso abordaje literario que se les ha brindado desde la crítica, que ha privilegiado su estudio histórico-filológico, sino también a la necesidad de un análisis contrastivo que resalte diferencias y semejanzas enunciativas y retóricas de estos dos textos escritos por aventureros alemanes. El propósito de este trabajo es abordar dos crónicas poco analizadas desde una perspectiva literaria para iluminar su lectura y contribuir, así, al área de la crónica colonial.

Schmidl y el derrotero del hambre

*Derrotero y viaje a España y a las Indias*⁵ se inicia con tres situaciones que reaparecen al final: el clima como impedimento del viaje, el hambre y la antropofagia. Estas cuestiones enmarcan el recorrido. Schmidl se embarca como soldado voluntario y retorna a Europa, también por su propia voluntad, luego de veinte años. Recién al volver, comienza la escritura de su texto.

1. Entiendo la categoría de fracaso en estas lecturas no sólo como lo inconseguible, a saber, oro y plata, sino, también, la posibilidad de perder la vida, posibilidad que, según los textos, convive permanentemente con el sujeto enunciador.
2. El texto de Schmidl tiene entre once y trece ediciones. El de Staden, que ha sido traducido al latín, francés y holandés, entre otros, ha llegado a tener cuatro ediciones en un solo año. La primera edición portuguesa data de 1892.

3. El recorrido incluye, a grandes rasgos, las zonas de Buenos Aires, Asunción y sur de Brasil.

4. Ulrico Schmidl se detiene únicamente en las costumbres antropófagas de los carios y los tupí y en un episodio en que los españoles se comen entre sí. Sin ser testigo de ninguna de las prácticas, tampoco duda de su veracidad. Staden, por su parte, es testigo directo del ritual caníbal de los tupinambá.

5. Schmidl, U. (1947). *Derrotero y viaje a España y a las Indias*. Buenos Aires, Espasa Calpe. El texto está traducido del alemán según el manuscrito original de Stuttgart por Edmundo Wernicke. Todas las citas pertenecen a esta edición.

El *derrotero* por el Río de la Plata que da título al texto anuncia, más allá de las distintas acepciones del término, el resultado final. La experiencia se transforma en una derrota, en tanto el regreso a Europa es sin oro, sin plata y con la esperanza de que sea redituado, de alguna forma, el servicio. Más en el caso de Schmidl, cuyo viaje se extiende por territorio americano durante veinte años. Su texto no está dirigido a una autoridad real, por lo tanto, no busca un aval. Se puede plantear, entonces, que el fin del mismo es el mismo texto, un relato que justifique su labor “desinteresada” para la Corona española y que restituya en mercedes su colaboración.⁶

Por otra parte, el tema del hambre recorre el texto. En un viaje que esperaba realizarse en pos del oro, los valores deben reconfigurarse. Schmidl y su grupo trazan un recorrido tras el alimento, una suerte de “roteiro gastronômico das multiplas etnias por que passou” (Carneiro da Cunha, 1993: 158).⁷ La primera batalla en Buenos Aires se produce porque los indios dejan de llevar comida al fortín. Según Schmidl, “solo fallaron un día” (39).⁸ Pero el hambre del conquistador no perdona.

Schmidl demuestra, así, que el hambre es el verdadero impedimento de la conquista y del avance. Antes de la gran hambruna en Buenos Aires, el narrador describe las tribus dando cuenta de, en primer lugar, el número aproximado de habitantes (observación que no deja de ser militar), en segundo lugar, los alimentos con los que cuentan y, en tercer lugar, los rasgos físicos de los habitantes.⁹ Así, por ejemplo:

Ahí hemos encontrado en esta tierra un lugar de indios los cuales se han llamado Querandís; ellos han sido alrededor de tres mil hombres formados con sus mujeres e hijos y nos han traído pescados y carne para comer. También estas mujeres tienen un pequeño paño de algodón delante de sus partes (38).

Sin embargo, luego de padecer las primeras vicisitudes de la escasez, cada vez que lleguen a una tribu nueva, Schmidl transmitirá la misma información pero siguiendo un esquema modificado: al principio, dará cuenta de los alimentos; luego, de los datos bélicos y, por último, de las características físicas de la gente de la tribu. De esta forma, la descripción refleja la reconfiguración de las prioridades:

En este río hallamos reunida mucha gente que se llama Mocoretás; éstos no tienen otra cosa que comer que pescado y carne pero por parte mayor tienen pescado. (También) estos indios cuentan alrededor de diez y ocho mil hombres para pelear (...). Ellos tienen dos estrellitas en la nariz y son gentes garbosas y bien formadas de cuerpo pero las mujeres son feas (49-50).

Entonces, el hambre mata. Y si no mata, “empuja travesías” (Wiñazki, 1999: 40). Aquí, el recorrido está fijado por el hambre. Schmidl y los suyos permanecen durante un período más prolongado en aquellas tribus que les facilitan el alimento, así sospechen de sus verdaderas intenciones. Por el contrario, a pesar del buen trato de las tribus no belicosas, si éstas padecen la escasez al igual que los españoles, continúan camino en busca de un destino más halagüeño, pues de nada sirve una tribu pacífica en una tierra que no dé (esto es, dé a los indios para que ellos les den a los conquistadores) sus frutos.¹⁰

El problema consiste en que todo aquel que viaja hacia el Río de la Plata parece dar por sentado, además de la existencia de oro, la afabilidad de la tierra.¹¹ Pero esta tierra en particular pareciera mofarse de los hambrientos conquistadores. Cuando tienen para comer, las tierras anegadas (88) o la langosta (89, 113, 118) les impiden saciar su apetito. De aquí que las primeras expediciones desde Buenos Aires sean en busca de indios que les provean.

6. La escritura del texto no fue concebida *a priori* por el autor. Su participación en la empresa española en el Río de la Plata tuvo carácter más bien aventurero y no formaba parte de un ideario mayor (fundar ciudades, ganar tierras, evangelizar). Su objetivo era otro: volver a Europa con bienes materiales, resultado de las entradas y expediciones por el territorio americano. Al frustrarse dicho anhelo, el relato de su viaje/servicio funciona como pedido de restitución de aquello que no pudo conseguir.

7. “Travesía gastronómica de las múltiples etnias por las que transitó” (la traducción es mía).

8. Al respecto, señalan Assadourian, Beato y Chiaramonte: “Los indígenas de Buenos Aires, poco numerosos y de hábitos cazadores-recolectores, no tenían excedentes agrícolas que los españoles pudieran aprovechar en los primeros momentos. Por lo demás, y a causa de las características mismas de su cultura, se mostraron reacios a integrarse en la estructura económica y social del invasor, y cuando éste intentó someterlos por la fuerza opusieron una eficaz resistencia” (2010: 25).

9. Suele destacarse la especial predilección del narrador por la descripción del cuerpo femenino.

10. Por ejemplo: “Pero nosotros y nuestro capitán general Juan Ayolas no quisimos retroceder de nuevo, pues la tierra y la gente nos parecieron muy convenientes, junto con la mantención; pues nosotros en cuatro años no habíamos comido pan ninguno, sino que sólo con peces y carne nos hemos sustentado” (56-57).

11. Era una constante la escasa atención con que los viajeros preparaban los barcos expedicionarios (Fitte, 1963: 106).

12. Los ortueses, tribu numerosa y que los hubiese reducido fácilmente, también mueren de hambre: “fue nuestra dicha que los indios se morían de hambre” (90), dice el narrador.

13. El detallismo en la descripción de los alimentos pone de manifiesto la necesidad que se vive.

14. “Entre los susodichos Carios o Guaranís hallamos trigo turco o maíz y mandiotín, batatas, mandioca-poropí, mandioca-pepirá, maní, bocaja y otros alimentos más, también pescado y carne, venados, puercos del monte, avestruces, ovejas indias, conejos, gallinas y gansos y otras salvajinas las que no puedo describir todas en esta vez” (54).

15. Por ejemplo, “estos Carios tienen bajo su dominio una tierra grande (...) son gentes bajas y gruesas y pueden aguantar algo más que otras naciones. También ellos, los hombres, tienen en el labio un pequeño agujerito, en ese meten un cristal (...). También las mujeres y los hombres andan completamente desnudos, como Dios el Todopoderoso los ha creado” (54).

16. Por el contrario, la inmovilidad de su cautiverio le otorgará a Staden la minuciosidad descriptiva de las costumbres de los tupí.

17. Por ejemplo, de los mocoretás han recibido buen trato pues “nos han dado lo que nosotros hubimos menester en pescados y carne” (50). En su vuelta de las Amazonas, el rey de los jarayes “nos trató muy bien e hizo servirnos asiduamente comida” (90).

18. Ulrico Schmidl y su grupo llegan el día de Nuestra Señora de la Asunción, en 1539 (58).

19. “Se convierte así en el espacio de la reparación, en el paraíso terrenal” (El Jaber, 2001: 102).

20. “Como a eso nos ha faltado el bastimento, así que no tuvimos nada que comer, estuvimos obligados a viajar de nuevo a la ciudad de Nuestra Señora de Asunción” (63).

21. Cuando Schmidl emprende el viaje de regreso, explica que en Lisboa se le mueren “dos esclavos o indios” (139), utilizando ambos términos como sinónimos.

Schmidl entiende pronto que los indios no son ingenuos y que lucharán con su arma más poderosa. Por eso, juzga de “bellaquería” su estrategia de quemar alimentos antes de huir para que el enemigo no pudiera sustentarse (42). Los timbús instan a Schmidl y sus compañeros a que permanezcan con ellos ofreciéndoles comida para, luego, asaltarlos (68).¹² Otra de las situaciones que el conquistador no espera: un Otro que, desde sus posibilidades, utilice efectivos artilugios para el combate.

La escasez es, entonces, estrategia. Es un Otro que conoce su terreno y tamaña problemática. La conoce porque, también, la padece. Por eso, en numerosas oportunidades, el indio aparecerá, tal como el conquistador, como víctima del hambre. Así, la escasez es una de las formas más brutales de homogeneización del hombre en el Río de la Plata.

Si el alimento marca el itinerario, también marca, a su vez, la extensión de las descripciones.¹³ En la tribu de los carios, donde encuentra “divina abundancia” (54), Schmidl enumera una larga lista de alimentos que allí se hallan. Y dado que donde hay comida el conquistador permanece más tiempo, la descripción de la tribu se rige por la abundancia en alimentos. A dicha descripción,¹⁴ sigue la de algunos aspectos de la tribu que, de otra forma, el narrador, al parecer, no hubiese relevado.¹⁵ Entonces,

el inventario etnográfico que construye Schmidl se compone primordialmente de una suerte de mapeo tribal en el que la mirada –ya desilusionada por la pobreza territorial– solo puede realizar un mapeo étnico y una catalogación zoológica. De este modo, van desfilando frente a la mirada del lector las diferentes etnias con sus atributos físicos y su capacidad de almacenamiento y producción alimentaria (Solodkow, 2009: 90).

El paso veloz de Schmidl por incontables tribus genera una obturación en la capacidad descriptiva de las mismas.¹⁶ Por eso, para Schmidl el buen trato se relaciona estrechamente con la provisión de comida.¹⁷ No es la extensión temporal la que permite a Schmidl la aprehensión del saber del Otro sino la necesidad.

Se ha advertido en Schmidl una curiosidad respecto de la fauna y flora americanas. Sin embargo, su crónica se diferencia de las Historias Naturales en las alusiones a animales fabulosos o monstruosos, desconocidos para el europeo, que el narrador acompaña con información sobre su utilidad como alimento. Así, la extensa descripción del yacaré indica “sus huevas o simiente que vienen de éste tienen un gusto igual al almizcle, y él es bueno para comerlo; la cola es lo mejor para comer de este pescado” (83). La serpiente, bestia que causa terror entre los indios, se transforma para ellos en comida (50). Lo mismo sucede con un animal desconocido para el alemán: “una Gran Bestia como un mulo romo grande y es gris y tiene pies como una vaca, pero en lo demás en la cabeza y las orejas asemeja a un mulo romo; también son buenos para comer” (99). Existe, de esta manera, un desplazamiento de lo monstruoso, que se convierte en alimento por la obliteración del miedo, porque no existe nada más fabuloso (por lo terrible e inesperado) que la posibilidad de morir de inanición.

Según el texto, una vez arribados a Asunción, el hambre se desdibuja.¹⁸ Por esto, el relato vira hacia otros ejes, a saber, las internas de los españoles, sus traiciones y vericuetos políticos o los dilemas entre gobernadores. Asunción, “el paraíso de Mahoma” (Salas 1960), se convierte, entonces, en una especie de isla perdida en la que todo es abundancia en medio de la escasez.¹⁹ Apenas los conquistadores abandonan la ciudad, el hambre vuelve a ser motivo de la elección del itinerario.²⁰

Pero en Asunción comienza la servidumbre definitiva de los indios.²¹ “Hacer la paz” con alguna tribu significa para Schmidl no sólo contar con los indios para una batalla

sino, fundamentalmente, ser provistos por ellos.²² Los indios son representados, entonces, como proveedores, sirvientes e informantes. Ir de una tribu a otra depende de la información que les brinden. Sin embargo, entre los jarayes descubren noticias sobre las Amazonas y, desoyendo las advertencias, inician un penoso recorrido a la escasez total (86). En este episodio, por ejemplo, la información sobre el oro es pedida por Hernando Ribera porque su hambre está saciada. Y es que al satisfacer la necesidad básica, aparece aquella otra que generó el viaje inicial.

El viaje hacia el mito (del oro de América, en primer lugar, y del oro de las Amazonas, en este caso) se configura, también, paradójicamente. Los europeos, quienes dependieron siempre de la información de los indios para avanzar entre tribus, se engeñan con la posibilidad de encontrar oro y son indiferentes a los consejos en dos oportunidades.²³ Si bien el conquistador duda de lo fidedigno de dicha información, esto es, en todo caso, una legítima estrategia de guerra. Lo interesante es que su codicia puede más y el hambre, aquí, funciona como metáfora de la ambición.

Deben, entonces, enfrentar una nueva contradicción: el agua, que les será tan necesaria durante el camino de regreso (morirán muchos por la sed), es aquí motivo del hambre. Dice, por ejemplo, el narrador: “Ocurrió en varias ocasiones que la olla con la comida y el fuego cayeron al agua, que en muchas veces tuvimos que quedarnos sin comer” (88). El agua “hasta la cinta y hasta la rodilla día y noche” (88) produce la muerte o agrava la falta de alimentos. También la sed es, como símbolo de la escasez, motivo de una nueva aprehensión de la experiencia²⁴ y de reconfiguración de los valores: “Uno no se preocupa ni por oro ni por plata ni por comida ni por otros bienes más, sino por el agua” (115). El paso lentísimo por las tierras anegadas, que lentifica, a su vez, la narración, refleja el arribo imposible a la tierra áurea.

Si el hambre de oro genera la partida hacia las Amazonas, la falta de comida inicia el regreso, teniendo como terrible saldo el de muchas muertes por inanición (90). El pequeño rédito que logra Schmidl durante este viaje (“loros y otras cosas” -140-) a partir de trueques con los indios (actividad que no había permitido el gobernador Cabeza de Vaca) es botín muy distinto de aquel oro por el que se inició el viaje y que nunca pudieron encontrar.

El hambre es el móvil de la batalla inicial contra los querandíes porque violenta al hombre en su desesperación. Según la versión de Schmidl, durante el sitio de Buenos Aires “la gente no tenía qué comer y se moría de hambre y padecía gran escasez (...) Fue tal la pena y el desastre del hambre que no bastaron ni ratas ni ratones, víboras ni otras sabandijas; también los zapatos y cueros, todo tuvo que ser comido” (41). Si el rudimentario asiento de Buenos Aires se caracteriza por la escasez, el exceso (canibalismo pero, también, relato detallado de esa monstruosidad) surge como respuesta. Schmidl narra cómo el primer suceso de canibalismo se relaciona con un castigo impuesto a tres españoles que habían robado un caballo:

Así fue pronunciada la sentencia que a los tres susodichos españoles se los condenara y ajusticiara y se los colgara de una horca. Así se cumplió esto y se los colgó en una horca. Ni bien se los había ajusticiado y cada cual se fue a su casa y se hizo noche, aconteció en la misma noche por parte de otros españoles que ellos han cortado los muslos y unos pedazos de carne del cuerpo y los han llevado a su alojamiento y comido. (También) ha ocurrido entonces que un español se ha comido su propio hermano que estaba muerto (41).

Los tres ladrones se convierten en uno al morir, son los “pedazos de carne del cuerpo” rebanado y comido. Tanto el hambre como la muerte homogeneizan a sus víctimas.

22. “Treinta leguas a la redonda de Asunción, donde residía el teniente de gobernador, los guaraníes o carios eran labradores, tenían abundancia de alimentos y se habían sometido a los españoles mediante la intimidación derivada de la violencia o de las amenazas y, también, mediante el rescate con anzuelos, escoplos o cuchillos, bienes deseados por los indígenas y especialmente fabricados para rescatar” (Tandeter, 2000: 36).

23. “No quisimos creerlo” (87), ante la advertencia del rey de los jarayes; “no quisimos hacer esto” (88) en el momento en que los siberis les aconsejan regresar.

24. En el Capítulo 46 Schmidl explica cómo utilizan el cardo para saciar la sed.

En la cita el narrador se distancia de los antropófagos: “tres españoles (...) por parte de otros españoles”, “un español”, “su propio hermano”. Si bien el hambre todo lo permite, aquí el juicio de valor es claro.

25. “(Juan Romero) les dio bastimentos por un año para que todos los días se diere a cada hombre de guerra ocho medias onzas de pan o harina; si *alguno quería comer más que se lo buscara*” (44, el subrayado es mío).

26. Tomo el concepto de ritual del antropólogo Victor Turner: “entiendo por ritual una conducta formal prescrita en ocasiones no dominadas por la rutina tecnológica, y relacionada con la creencia en seres o fuerzas místicas” (1980: 21).

27. Ernesto Fitte señala que al llegar información sobre la antropofagia entre conquistadores al rey de España, su reacción fue de indulgencia y piedad, entendiéndolo que las terribles circunstancias disculpaban a los culpables (1963: 135).

A partir del hambre que no esperaban encontrar, las huestes europeas deben procurarse individualmente el sustento. Si el hambre escinde,²⁵ también animaliza. En definitiva, robar por hambre posibilita la antropofagia por el mismo motivo. En el Río de la Plata, la tierra condena al vivo con el hambre y al muerto, con la mutilación, nueva paradoja del territorio, cuya escasez genera fracturas morales que asemeja al español a aquel del que se quiere diferenciar. Y en parte lo distancia, puesto que queda claro en el texto que las tribus aborígenes antropófagas (tupí, carios) lo hacen como un ritual.²⁶ Resulta, entonces, un interesante distanciamiento en el que Schmidl, quien no suele cuestionar lo moral (y esto ya es extraño en todo cronista), destaca la actitud del español.

Según Jáuregui, hay una “tibiaza o falta de juicio moral (...) sobre sus compañeros caníbales” (Jáuregui, 2008: 141) en la postura de Schmidl, quien sabe lo que puede generar el hambre y por esto no condena esta actitud.²⁷ En todo caso, aquella voracidad entendida como ambición se vuelve sobre sí mismos, transformando al devorador en devorado, al conquistador en “conquistado del hambre” (Solodkow, 2009: 99). De esta manera, como plantea Lorely El Jaber “el hambre no funciona como disculpa ante la acción sino como legitimación de la misma” (2005: 146).

Por otro lado, Schmidl destaca las costumbres antropófagas de los indios:

Quando estos susodichos Carios hacen la guerra contra sus enemigos, entonces a quien de estos enemigos agarran o logran, sea hombre o mujer, sea joven o vieja, sean niños, los ceban como aquí en esta tierra se ceba un cerdo, pero si la mujer es linda la conservan un año o tres. Cuando entonces esta mujer en un poco no vive a gusto de él, entonces la mata y la come (55).

Aquí, la antropofagia tampoco está acompañada de un juicio moral. Por esto, se asemeja a la descripción de una práctica cultural cualquiera. Este laconismo que muchos autores destacan en Schmidl no se debe a su condición de “soldado de escasa instrucción” (De Gandía, 1947: 15), “tan poco expresivo, tan tieso y almidonado” (Salas, 1960: 178). La capacidad de asombro aparece obstruida, porque la peculiar experiencia en el Río de la Plata transforma certezas y realidad.

El inicio del regreso hacia Europa es un lento camino hacia el fracaso final. Schmidl comienza el recorrido en 1552 y debe enfrentarse nuevamente con el hambre (131), con tempestades (137), con la pérdida de todos sus bienes cuando naufraga el barco que lo abandona en tierra (142) y con la posibilidad de ser comida para los tupí:

Los tupís, éstos comen sus enemigos, los unos a los otros. (También) la gente no hace otra cosa que guerrear día y noche, los unos contra los otros, y cuando vencen a su enemigo, entonces lo traen a su lugar, donde ellos están avecindados, como aquí en esta tierra se acompaña un casorio. (También) cuando se le quiere matar a él, al prisionero o esclavo, se le hace también lo mismo y se le ofrece un gran festival, como se indicó arriba. Y mientras este prisionero yace preso, se le da cuanto él pide mientras está prisionero, sea una mujer, la que su corazón desea, hasta que llegue la hora en que él debe morir (130-131).

La categoría de ritual otorgada a la antropofagia se percibe en la comparación con el “casorio”. La homologación de la actividad guerrera y la posterior antropofagia con una fiesta de casamiento funciona como distanciamiento de las costumbres del Otro.

Tampoco, aquí, Schmidl enjuicia la práctica caníbal sino que entiende que consiste en un rasgo cultural producido entre enemigos. Transitando por tierra tupí,²⁸ varios compañeros suyos “fueron muertos y comidos” (132). Schmidl se presenta como un lector de signos, gracias a lo cual salva su vida:

Quando vinieron ante nosotros a treinta pasos de distancia, quedaron parados y hablaron a nosotros; y es hábito de los indios en la tierra que cuando él se queda y habla a la parte contraria, no tiene buena intención, como yo lo he reconocido. Así nos armamos también lo mejor que pudimos y les preguntamos adónde habían quedado nuestros compañeros; entonces ellos contestaron que estaban en el pueblo y que nosotros fuéramos también al pueblo, pero nosotros no quisimos hacerlo, pues reconocimos bien su astucia (132).

La lectura de las actitudes de los indios en sus gestos es indicadora de la experiencia obtenida durante su derrotero y, también, de la inclusión de Schmidl en el grupo de los españoles a partir de los verbos en primera persona singular. El distanciamiento de los indios, no la cercanía a ellos luego de lo experimentado, es hacia el final del recorrido cada vez más visible.

Otra marca de la experiencia adquirida se observa en que durante el itinerario de regreso, Schmidl repara en la obtención de alimentos y, ahora también, de agua. El final del texto completa el aspecto paradójico de toda la expedición. Schmidl vuelve con las manos vacías, sin oro, sin su servidumbre indígena y sin los objetos que había conseguido trocar entre las tribus. Llamativo es, entonces, que culmine el texto agradeciéndole al Señor por haberle concedido “un feliz viaje” (144). Esta “felicidad” del viaje, extraño comentario si se tiene en cuenta el derrotero descripto y el fracaso de su objetivo inicial, se relaciona no ya con la obtención de riquezas sino con la supervivencia.

Staden y el ritual antropófago

En *Viaje y cautiverio entre los caníbales*,²⁹ Staden presenta la expedición como una suerte de paseo o visita del que se puede retornar cuando y como se desee para construirse ante el lector como un aventurero y no como un buscador de riquezas, imagen que no coincidiría con el fin evangelizador del texto.

Varias semejanzas encontramos con el texto de Schmidl. En primer lugar, al inicio de la travesía Staden padece los vaivenes climáticos (36), naufragios (52-57) y hambre (52). En segundo lugar, el narrador señala el hambre y la ausencia de alimentos como característica principal del viaje: “Quedamos ahí dos años, en medio de grandes peligros y sufriendo hambre. Tuvimos que comer lagartos, ratas de campo y otros animales extraños que podíamos hallar, como caracoles que vivían en las piedras y muchos bichos extravagantes” (52). En tercer lugar, la primera gran hambruna se produce porque los indios no les llevaron más alimentos. A partir de allí, los indios se convierten en personajes en los que no se puede confiar (53). Por último, al igual que en *Derrotero*, muchos de sus compañeros mueren de hambre.

Sin embargo, Staden no debe lidiar con este problema sino con otro de diferente tenor. Es capturado por los tupí y permanece casi diez meses con ellos. El horror, en su caso, crece no sólo por la posibilidad de ser devorado y por ser testigo de varios rituales caníbales sino por las negociaciones infructíferas de su rescate. Es horroroso para Staden que los franceses, grupo del que se sentía parte en contraste con el Otro indígena, no quieran rescatarlo en dos oportunidades. Estos franceses, considerados en un primer momento como aliados o, al menos, no enemigos, se van convirtiendo,

28. “Los tupí ocupaban la parte media e inferior de la cuenca del Amazonas y de los principales afluentes de la costa occidental. Dominaban gran parte del litoral atlántico, desde la desembocadura del Amazonas hasta Cananea” (Perusset; Rosso, 2009: 68).

29. Staden, H. (1945). *Viaje y cautiverio entre los caníbales*. Buenos Aires, Nova. Traducción de María E. Fernández. Todas las citas pertenecen a esta edición.

entonces, en parte de lo Otro temible. Pero, también, el mismo Staden es representado como otro (en tanto individuo solo entre dos otredades) que, incesantemente, oscila entre los grupos, sin ser nunca parte de ninguno.

Resulta curioso pensar que Staden, tal como él mismo cuenta, regresa a Lisboa en 1548 y luego decide volver a embarcarse. Sin ese segundo viaje, no hubiese sido capturado.³⁰ Cae prisionero a causa del hambre, ya que lo apresan durante la búsqueda de alimentos y, a su vez, de la ambición, motivo del viaje inicial; hambre y ambición que, en el caso de los conquistadores, suelen superponerse. Decide quedarse como artillero en el fuerte de Brikioka.³¹ Su función era impedir el paso de los tupí: “Prometían darme compañeros y un buen sueldo. Decían también que si yo lo hiciese, sería estimado por el rey, porque el rey acostumbraba ser especialmente bueno con aquellos que en esas tierras nuevas contribuían con su auxilio y sus consejos” (65). Luego de cuatro meses allí, realiza una especie de renovación de contrato como retribución de sus servicios: “dióme el coronel, por parte del Rey, mis *privilegia* como es costumbre dar a los artilleros reales que los piden” (66). Al igual que Schmidl, que termina por someterse a los designios del rey de España, Staden sirve, ahora, al rey de Portugal. Forman parte del aparato colonialista oficial desde el momento en que transforman su travesía individual (e individualista) en imperialista. Lejos de silenciar esta adhesión a un pueblo (y corona) al que *a priori* no pertenecen, ambos narradores ponen de relieve sus servicios. Con este movimiento justifican la escritura de los textos que, claramente, exceden el relato de una simple expedición y universalizan la empresa de conquista, tornándola extensiva a todo aquel que quiera conquistar (sea cual fuere su nacionalidad) en nombre del rey.

Staden ya es “artillero real” de un rey que no es el suyo. Es esta renovación ligada a la ambición lo que le hará permanecer en Brikioka y ser apesado. Además, el hambre como escasez es lo que provoca su salida para buscar la comida de su esclavo. Es en ese momento que cae prisionero de los tupí (71).

Al ser apesado, sufre primeramente un proceso de despojamiento y humillación. Lo desnudan, lo rapan, es objeto de burla por parte de las mujeres y es animalizado: al colocarle una cuerda en el pescuezo, se convierte a la vez en mascota y esclavo. Es así como será llamado por los indios, aunque él nunca se autodenomine de esa forma.³² De hecho y al contrario de lo que sucede en *Derrotero*, son los indios quienes lo utilizan para obtener información relevante (73).

Entonces, desnudez, golpes, adornos de plumas.³³ Tal como indica Carlos Jáuregui, el inicio del relato del cautiverio sigue el modelo del vía crucis (2008: 115). Staden se convierte en un objeto, se lo cosifica, como se observa en los comentarios de los indios y en la forma en que se auto-representa. Se lo transforma de soldado arcabucero a esclavo y regalo: “Alkindar Miri tenía entonces prometido al Ipperu Wasu de hacer presente a él del primero que capturase. Éste era yo” (82).

En este texto, no encontramos al conquistador que vive la tortura del hambre (los prisioneros eran bien alimentados) sino que el horror consiste en saberse alimento del Otro. Staden mismo plantea: “me parecía horroroso que ellos los devorasen; el hecho de matarlos no era tan horrible” (121). La muerte a manos del Otro se presenta como justificada, casi comprensible. Lo que el narrador no comprende es la utilización del cuerpo como alimento. Además, el horror se acentúa porque la antropofagia no se da a causa del hambre sino por el placer de un ritual en el que, como plantea Schmidl, el enemigo es el devorado. El enunciador presenta este ritual como impensable para el europeo y, desde aquí, se distancia del Otro. Por otra parte, el sacrificio de Staden sería producto de una confusión: según los parámetros tupí, él no es propiamente su enemigo, puesto que no es portugués, tal como les aclara a sus cautivos. Por ser alemán, un Otro aún inidentificable para el indio, no es amigo tampoco. Por

30. No se explicita en el texto qué es lo que decide a Staden a emprender nuevamente el viaje. Sí se puede deducir que lo motivó no sólo la aventura sino, también, la posibilidad de obtención de riquezas: un navío “había vuelto pidiendo más auxilia y contó cómo era rico en oro” (36).

31. El bastión de Bertioiga, en la isla de San Amaro.

32. Según el texto, será “cautivo”, “preso”, “prisionero”, “aprisionado”, pero nunca se denominará “esclavo” a sí mismo. Como plantea Pedro Carrasco, los prisioneros llevaban siempre la cuerda al cuello, lo que les recuerda su condición de esclavos, a pesar de hacer una vida más o menos normal junto a la familia mientras esperan ser devorados (1968: 227).

33. El adorno de plumas se le colocaba a los prisioneros que esperaban ser sacrificados. El hecho de que el adorno consistiera en una especie de corona resulta significativo.

eso, Staden debe someterse ante la lógica aplastante del indio: “Me respondieron que eso debía ser mentira, porque si yo fuese amigo de los franceses, nada tenía que hacer entre los portugueses” (87). Los indios claramente no entienden de intereses personales que traicionen el grupo de pertenencia. Staden no comprende el sistema de *herencia* de los indios a través del cual los franceses, para ser amigos de los indios, deben ser, a la vez, enemigos de los portugueses, quienes pretenden explícitamente conquistarlos. No es la lógica europea o, más precisamente, no es la lógica de este conquistador, quien se comporta según su conveniencia. Cabe recordar que Staden, siendo alemán, se embarca con españoles, sirve como arcabucero en un fuerte portugués, habla con aquel francés que pretendió rescatarlo en un primer momento en lengua tupí³⁴ y, finalmente, negocia su rescate con un barco francés.

La alteridad se pone de manifiesto desde un principio. Staden no comprende por qué los indios postergan su muerte para fabricar la bebida que acompaña el ritual (72). Como plantea Carneiro de Cunha “morte ritual e antropofagia são o nexos das sociedades tupis” (1993: 162).³⁵ Es que la vida social de los tupinambá se organiza en torno de la venganza. Esta consiste en comer al enemigo y no en matarlo, por eso la ceremonia es sumamente importante.

El acto antropofágico se anuncia desde el principio del cautiverio mediante gestos, gritos y el hecho de que el cautivo está obligado a autodenominarse “comida”. Resulta tan tenebroso el aparato discursivo que se despliega sobre el festín caníbal y el constante relato sobre su inminencia como la descripción detallada del ritual en sí.

La tortura no es física, puesto que Staden, más allá de algunos golpes y pellizcos, no llega a ser devorado ni pasa hambre durante su cautiverio. La tortura sobre el personaje es discursiva. Son constantes las amenazas, el insulto al Dios del Otro y el permanente recordatorio de la condición de inferioridad del cautivo.³⁶ Esto genera en los lectores el mismo juicio de valor sobre los indígenas que si el ritual de muerte hubiese sido consumado y relatado por un tercero. Y como se tortura principalmente a partir de lo discursivo, Staden entiende el poder del discurso y se vale de él. Se convierte, al igual que Schmidl, en un gran lector de signos y manipula con esto a los indios.³⁷ Ante la desventaja evidente, Staden debe recurrir al discurso. De esta manera, se convertirá para los indios en una suerte de profeta que predecirá tormentas, enfermedades y muertes a causa del canibalismo de la tribu: “Así mi Dios hará con todos los malos que me han hecho o me hagan mal. Quedaron con miedo de estas palabras” (131-132). El mismo rescate final puede realizarse gracias al estratégico despliegue retórico que utiliza para engañar a los indios (165) y que analizaremos en los párrafos siguientes. Aunque ninguna de estas advertencias logre amedrentar a sus captores para cesar con sus prácticas sobre Staden, sí producen su postergación.

Por otra parte, desde el discurso evangelizador Staden asocia al milagro muchas manifestaciones, como la tormenta que cesa repentinamente cuando los indios colocan la cruz que una india había tirado (155) o el momento en el que necesitan pescar para no padecer hambre (18).³⁸

Además de la construcción del yo profeta, Staden se construye desde lo mesiánico, es una especie de “new prophet healer” (Whitehead, 2000: 747).³⁹ No sólo no huye cuando tiene la oportunidad para que los indios no tomen represalias sobre los otros cautivos (146) sino que, también, ayuda a huir a dos de ellos (160). También debe construirse como sujeto interesado en las prácticas del Otro, casi como un investigador. Pregunta e indaga acerca de sus costumbres. Paulatinamente, intenta ingresar en la lógica indígena y en su red de asociaciones ligadas a la venganza. Por ejemplo, advierte que ellos comen sus piojos, porque los consideran como enemigos. Lo mismo realizan, entonces, con los cautivos (213).

34. Lengua que aprendió a hablar durante sus dos años al servicio del fuerte (Whitehead, 2000: 747).

35. “La muerte ritual y la antropofagia son el nexo de las sociedades tupí” (la traducción es mía).

36. “Tú eres mi bicho amarrado” (77); “Allí viene nuestra comida saltando” (98); “Tu carne será hoy, antes que el sol entre, mi asado” (226), son algunos de los muchos ejemplos del texto.

37. “Respondí que había recomendado a mi hermano que procurase escapar de los portugueses y volver para nuestra tierra, y de allá trajese navíos con muchas mercaderías para traerme, porque vosotros sois buenos y me tratáis bien; esto quiero recompensar cuando vuelva el navío. Así tenía siempre que pretextar, lo que mucho les agradó” (127).

38. Respecto de esto, Carrasco explica el mito tupí del gran hechicero (payé) Maira-Monan o Sume, quien fue perseguido y muerto en la hoguera. Al arder, le estalló la cabeza y de allí nació el trueno. El fuego de la hoguera que lo mató, revive en el rayo. Es por esto que los tupinambá tienen ese respeto rayano al miedo por las fuertes tormentas (1968: 229).

39. “Nuevo profeta sanador” (la traducción es mía).

40. El prisionero indígena enemigo de los tupinambá no intentaba huir, porque ya su captura revelaba que estaba moralmente sujeto a su captor. Además, el ritual caníbal se consideraba una forma honrosa de morir (Barros Laraia, 1993: 58-59). Sin embargo, si algún prisionero cristiano lograba huir y era recapturado, ya no pertenecía a su amo, quien había deshonrado a los suyos perdiendo a su presa sino a la comunidad entera (Villalta, 1970: 89).

Staden es testigo en diversas oportunidades de la práctica antropófaga aplicada al enemigo. En el primer caso, no describe el hecho en sí sino el diálogo que mantiene con el prisionero.⁴⁰ Se sabe que la presencia, porque el capítulo XXXVI se titula “Cómo devoraron a un prisionero y me condujeron a ese espectáculo” y el siguiente capítulo “Lo que aconteció en la vuelta, después de haberlo comido.” En el segundo caso, no describe el ritual sino lo que sucede luego: “Llegó entonces aquel a quien había sido dado para matarlo y le dio un golpe tan grande en la cabeza que los sesos saltaron (...). Después lo descuartizó y dividió con los otros, como es su costumbre y lo devoraron” (131). Hay un silenciamiento del ritual que precede el asesinato, que presencia pero no describe, que no mantiene ante el festín que tiene como víctimas a los cristianos. Aquí Staden sí realiza una descripción minuciosa:

El mismo Konian Bébe, tenía una gran cesta llena de carne humana delante de sí y estaba comiendo una pierna, que puso cerca de mi boca, preguntándome si yo también quería comer. Yo respondí que ningún animal racional devora a otro, ¿cómo podía entonces un hombre devorar a otro hombre? Clavó entonces los dientes en la carne y dijo: “Jau ware sche”, que quiere decir: soy un tigre, ¿está sabroso! (147-149).

Estas citas, al igual que en el texto de Schmidl, no están acompañadas por un juicio moral. Lo siniestro del episodio es elocuente en sí mismo y no necesita el sustento crítico del narrador quien se detiene en estos episodios para provocar el efecto de lectura que se busca: tal como apunta Álvaro Bolaños, esta imagen terrible del caníbal que devora carne humana “es un muy conveniente tópico para desacreditar a todos aquellos indígenas que en algún momento u otro tenían que presentarse como esclavizables y destructibles a favor del interés económica y político de los colonos” (Bolaños, 1995: 84). Si bien Staden no es, en principio, conquistador más, al ingresar en el sistema oficial de conquista bajo la corona portuguesa utiliza los mismos recursos retóricos de demonización del indio que emplearía en su texto un soldado que viaja a América para obtener tierras y súbditos.

41. El texto se divide en dos libros (“Verdadera historia y descripción de un país...”, que consta de una dedicatoria y de cincuenta y tres capítulos y “Verdadera y breve narración del comercio y costumbres de los tuppín inbas, cuyo prisionero fui. Habitan en América. Su país está situado en los 24 grados, en el lado sur de la línea equinoccial. Su tierra confina con un distrito, llamado Río de Jenner”, que tiene treinta y siete capítulos) y un “Discurso final” dirigido al “bondadoso lector” (255).

42. Esta segunda parte del texto, considerado “the earliest account we have of the Indians from an eyewitness who was captive among them for over nine months, and a key referente in the resurgent debate on cannibalism and its discourses” (Whitehead, 2000: 721) o un relato “proto-etnográfico” (Jáuregui, 2008: 110), se asemeja a las respuestas a los cuestionarios enviados por Felipe II a los conquistadores de la América Central (cfr. la crónica del mestizo texcocano Juan Bautista Pomar, *Relación de Texcoco*, escrita hacia 1582).

La experiencia narrada en la primera parte⁴¹ autoriza la narración etnográfica de la segunda (Jáuregui, 2008: 113). En el capítulo XXV, desarrolla los motivos del canibalismo: “No lo hacen por hambre, sino por grande odio y envidia (...). Todo esto hacen por gran enemistad” (226). En el libro II,⁴² Staden diferencia dos tipos de antropofagia. Existe una “raza de gente salvaje que se llama *Wayganna*” (184), también caníbales, que son caracterizados como más crueles que los tupí: “Córtales los brazos y piernas, cuando aún están vivos, por la grande gula que los distingue. Los otros, en cambio, los matan primero antes de despedazarlos para devorarlos” (187). Si bien parece haber escalas de crueldad de los indígenas, lo que interesa al narrador es señalar el salvajismo reinante en todo el territorio. La representación del Otro también se escinde, se modifica y se reconfigura a partir de la experiencia.

Algunas conclusiones

Tanto Schmidl como Staden describen la antropofagia. Staden, la de los indios sobre otros enemigos indígenas y cristianos. Schmidl, antropofagia de españoles sobre españoles y de indios sobre indios. Schmidl no es testigo directo. Su testimonio se refiere a hechos que le han sido narrados e informados. Staden, en cambio, habla desde la autoridad de testigo. En ambos textos, si bien la antropofagia no es avalada ni enjuiciada, resulta claro que la tribu antropófaga no es el único enemigo con el que el soldado o conquistador debe lidiar.

En el caso de Schmidl, los enemigos indígenas más peligrosos son aquellos que no son caníbales. Él y los indios tienen un enemigo en común: el hambre. Además, su

texto narra las enemistades políticas entre los mismos conquistadores, verdaderos enemigos para la vuelta con el preciado botín.

Resulta curioso que en su crónica Schmidl narre la antropofagia del español, episodio que otros cronistas silenciarían. Probablemente se deba a que es alemán y, por eso, no participa de la práctica descrita. Su “falta absoluta de juicios de valor sobre la conquista y sus hombres” (Iglesia; Schwartzman, 1997: 22) se despliega, también, sobre la antropofagia ritual. Pero, fundamentalmente, quiere dejar constancia de que el culpable de este retorno sin riquezas es el terreno representado, el verdadero Otro.

En el caso de Staden, si bien permanentemente vive con la amenaza de ser devorado, reconoce que no siempre el Otro es el más peligroso. Los franceses no lo rescatan por intereses personales. Los portugueses se transforman en enemigos suyos, puesto que está conviviendo con los tupí y se ve obligado a participar de sus guerras.⁴³ O mejor: el Otro enemigo es un grupo que se va (re)construyendo a partir de la experiencia.

El indio será menos peligroso de lo que parecía al iniciarse las respectivas experiencias. El hambre y la antropofagia, los verdaderos enemigos, reconfiguran las enemistades y la concepción del Otro y legitiman el exceso en ambos casos. Desde la mirada occidental, el espacio es el enemigo que hay que conquistar y domar, como si fuese el indio o, más bien, porque el indio, el Otro por excelencia, es producto de dicho espacio. De esta forma, ambos textos legitiman la conquista.

El Río de la Plata es un espacio en el que todo se reconfigura: los valores ante la escasez, el Otro peligroso, la validez de la antropofagia. En ambas crónicas, la antropofagia es uno de los peligros pero no el único. Es uno más de los obstáculos de una tierra en la que sólo se encuentra escasez y múltiples enemistades.

43. Lo mismo sucede en el texto de Schmidl: al llegar al pueblo de Juan Ramallo, donde se encuentra con “más de cerca ochocientos hombres, que todos son cristianos y súbditos del rey de Portugal”, el narrador reflexiona “tuvimos mayor recelo entre ellos que entre los indios” (135).

Bibliografía

- » Assaudourian, C., Beato, G., Chiaramonte, J. (2010). *Historia argentina 2: de la conquista a la independencia*. Buenos Aires, Paidós.
- » Barros Laraia, R. (1993). *Los indios del Brasil*. Madrid, MAPFRE.
- » Bolaños, Á. (1995). “Antropofagia y diferencia cultural: construcción retórica del caníbal del Nuevo Reino de Granada”. En Moraña, M. (dir.), *Revista Iberoamericana. Literatura colonial I: Identidades y conquista en América*, vols. 170-171.
- » Carneiro da Cunha, M. (1993). “Imagens de índios do Brasil: o século XVI”. En Pizarro, A. (coord.), *América Latina. Palavra, literatura e cultura 1: A situação colonial*. San Pablo, Fundação Memorial da América Latina.
- » Carrasco, P. (1968). “Los tupinambás”. En Albornoz, N. (dir.), *Historia de América Latina I*. Madrid, Alianza.
- » De Gandía, E. (1947). *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*. Buenos Aires, Centro Difusor del Libro.
- » El Jaber, L. (2001). “Asunción: el Paraíso de Mahoma o la Sodoma del Plata”. En *Latin American Literary Review*, n° 58, 101-112.
- » — (2005). “Ulrico Schmidl: el afán de nombrar”. En Jitrik, N. (comp.), *Sesgos, cesuras, métodos: literatura latinoamericana*. Buenos Aires, Eudeba.
- » Fitte, E. (1963). *Hambre y desnudeces en la conquista del Río de la Plata*. Buenos Aires, Emecé.
- » Iglesia, C., Schvartzman, J. (1987). *Cautivas y misioneros: mitos blancos de la conquista*. Buenos Aires, Catálogos.
- » Jáuregui, C. (2008). *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*. Madrid, Iberoamericana.
- » Perusset, M., Rosso, C. (2009). “Canibalismo y venganza colonial: los casos mocoví y guaraní”. En *Memoria Americana. Cuadernos de etnohistoria*, n° 1, 65-87.
- » Pomar, J. B. (1991). *Relación de Texcoco*. Madrid, Historia 16.
- » Salas, A. (1960). “El paraíso de Mahoma”. En *Crónica florida del mestizaje de las Indias. Siglo XVI*. Buenos Aires, Losada.
- » Schmidl, U. (1947). *Derrotero y viaje a España y a las Indias*. Buenos Aires, Espasa Calpe.
- » Solodkow, D. (2009). “Ulrich Schmidl en el Río de la Plata: una etnografía fundacional”. En *Taller de Letras*, n° 45, 81-101.
- » Staden, H. (1945). *Viaje y cautiverio entre los caníbales*. Buenos Aires, Nova.
- » Tandeter, E. (dir.) (2000). *Nueva historia argentina 2. La sociedad colonial*. Buenos Aires, Sudamericana.
- » Turner, V. (1980). *La selva de los símbolos*. Madrid, Siglo XXI.
- » Villalta, B. (1970). *Ritos caníbales en América*. Buenos Aires, Casa Pardo.
- » Whitehead, N. (2000). “Hans Staden and the cultural politics of cannibalism”. En *Hispanic American Historical Review*, n° 80, 721-751.
- » Wiñazki, M. (1999). “Viajes. Ulrico Schmidl”. En *Travesías argentinas. Diez historias en busca de la identidad perdida*. Buenos Aires, Sudamericana.